

CONOCIMIENTO DEL INCONSCIENTE. (1912j).



Sandor Ferenczi.

No son los soberanos, ni los políticos ni los diplomáticos quienes deciden la suerte del mundo, sino los sabios. Los poderosos no son de hecho más que los ejecutores y a veces los enemigos implacables de las fuerzas liberadas por las ideas, pero en todo caso actúan como marionetas manejadas por esas fuerzas, “¿Quién sabe –pregunta Anatole France– si un investigador desconocido no está elaborando en una buhardilla la obra que un día conmoverá al mundo?”.

Creemos que el cambio de la faz del universo no va a ser efecto sólo de los milagros de la técnica, del dominio cada vez mayor de las fuerzas naturales, ni siquiera de las tentativas para garantizar a todos y cada uno de los humanos una vida mejor, gracias a la mejora de la distribución de los bienes materiales y de la estructura social. El progreso tiene un tercer objetivo, pleno de esperanzas: la perspectiva de un desarrollo cada vez mayor de las fuerzas físicas y espirituales y de la capacidad de adaptación del hombre. Al servicio de este último objetivo se halla la higiene individual y social, y ese movimiento en auge que trata de mejorar las razas, el eugenismo.

Tales aspiraciones muestran un carácter sorprendente: una cierta unilateralidad. No resulta posible a los sociólogos sustraerse a la influencia hipnotizante de las realizaciones extraordinarias de las ciencias naturales propiamente dichas –física, química, biología– y sólo de ellas esperan la salvación, principalmente de la selección y de la protección de las células germinales.

Hay que añadir a esto que la humanidad no se ha liberado aún totalmente de la reacción producida el siglo pasado, bajo el efecto de la corriente filosófica materialista, contra el estudio de todo fenómeno intangible, no mensurable, irreductible a una ecuación e incontrolable por el método experimental, es decir, todo lo que abarca la noción tan desacreditada de “especulación”.

Cuanto más provechosa ha sido para las ciencias naturales esta orientación unilateral del interés hacia el exterior, tanto más ha perjudicado a la ciencia que trata del mundo interior del hombre, la psicología. La parte de los fenómenos psíquicos que puede medirse, ponerse en fórmulas matemáticas, y conocerse por la experimentación, es una parte tan débil y elemental de la vida psíquica que, bajo el efecto de la corriente materialista, la psicología ha descendido al rango de una parcela tributaria de la fisiología sensorial abocada a la esterilidad desde hace bastantes décadas. Por el contrario, las manifestaciones psíquicas más complejas, para las que el único método de que disponíamos hasta ahora era la *observación* y la *introspección*, no han atraído la atención de los sabios; los investigadores profesionales apenas se han interesado en los problemas del conocimiento del hombre, en el estudio del carácter, en los conflictos psíquicos y sus modos de liquidación, en los efectos pasajeros o perdurables de las impresiones psíquicas. Los únicos que se han dedicado a esta parte de la ciencia han sido los poetas, los biógrafos o auto-biógrafos y algunos historiadores, pero éstos no nos ofrecen pura ciencia, porque el poeta desea distraer y no instruir, el historiador se interesa por el suceso, el biógrafo por el individuo y no por los principios generales que derivan del objeto de su estudio.

El estudio de una afección psíquica, la histeria, es el que debería situar a la psicología en su lugar apropiado. Las investigaciones de Charcot, Moebius y Janet han revelado que este estado morbooso representa un “estado natural” muy instructivo, que nos demuestra que el psiquismo humano no es de ninguna manera esa unidad indivisible que hace suponer el término “individuo”, sino más bien un edificio

de estructura extremadamente compleja del que la conciencia no nos muestra, por así decir, más que la superficie, la fachada, mientras que las auténticas fuerzas y mecanismos dinámicos deben buscarse en una tercera dimensión: en las profundidades subconscientes del espíritu. Sin embargo, los investigadores no han extraído estas deducciones de las manifestaciones de la histeria; creen todavía que la división, la fragmentación de la conciencia sólo puede sobrevenir en una organización psíquica patológicamente degenerada, demasiado débil desde su origen para asegurar la cohesión, la síntesis de las fuerzas psíquicas. No han comprendido que la histeria representa de manera abultada y deforme lo que ocurre en cualquier persona, aunque sea de modo más discreto.

Casi simultáneamente con estos estudios sobre la histeria, la doctrina de la unidad de la conciencia sufría otro golpe en el mismo sentido: Liébault, Bernheim y los investigadores de la Salpêtrière dedicaban toda su atención a los fenómenos de la hipnosis, hasta entonces relegados al campo de la superstición. El síntoma patológico de la histeria, la fragmentación de la personalidad en dos o más elementos, podía ser provocado a voluntad por la experimentación hipnótica.

En el hospital parisino donde se desarrollaban tales experiencias, se “cultivaba” auténticamente a sujetos que poseían dos, tres o cuatro “yo”, ignorándolo todo o casi todo los unos de los otros en cuanto a sus deseos y actos, representando a menudo personalidades de carácter radicalmente opuesto y haciendo grupos mnésicos distintos.

Resulta típico de la inercia del espíritu humano que incluso estas experiencias hipnóticas realizables a voluntad tanto en enfermos como en sanos, no hayan condenado a los sabios a la conclusión evidente de que esta disgregación de la conciencia en muchos elementos no es simplemente una cualidad científica, un *lusus naturae* teratológico, sino una particularidad esencial del psiquismo humano. En lugar de consagrarse con pasión al estudio de estos problemas radicalmente nuevos que abrirían vastas perspectivas, se han obstinado en proseguir sus estériles mediciones psico-físicas. Partiendo del erróneo punto de vista de que los objetivos de la psicología estaban estrictamente limitados a las manifestaciones psíquicas conscientes, rechazaban *a priori* la posibilidad de considerar el ámbito sub-consciente en un plano distinto al fisiológico. En vano contradecía esta concepción la experiencia derivada de la histeria y de la hipnosis; también en vano revelaban los fenómenos observados la existencia, bajo el umbral de la conciencia, de complejos altamente estructurados que, aparte de la cualidad consciente, poseen poderes casi equivalentes a los de la conciencia plena.

Eliminaban esta contradicción, bien reduciendo las estructuras psíquicas complejas subconsciente a una “actividad cerebral”, es decir, a la fisiología, o bien decidiendo sin más, a despecho de los numerosos datos que lo contradecían, que el funcionamiento psíquico que se desarrolla en el subconsciente posee siempre un determinado grado de conciencia; y se aferraban a la noción de “semi-consciencia” incluso allí donde el único juez cualificado, el propio sujeto, no conocía ni experimentaba nada de eso. En una palabra, eran de nuevo los hechos los que se hallaban en desventaja cuando osaban enfrentarse a las teorías arraigadas. “¡Tant pis pour les faits!” (1).

Así estaban las cosas cuando en 1881, una paciente inteligente hizo comprender al médico vienés Breuer que en los sujetos afectados de histeria, las imágenes mnésicas situadas bajo el umbral de la conciencia a la que perturbaban, podían aparecer en la superficie en determinadas condiciones y hacerse conscientes. Además del beneficio que el enfermo consiguió en el plano terapéutico, tenemos derecho a atribuir a este suceso una importancia considerable desde el punto de vista psicológico. Era la primera vez que un plan concertado permitía determinar el contenido de los grupos de representaciones refugiados en el inconsciente, y la naturaleza de los efectos a ellos ligados.

Pero no hay que pensar que tal descubrimiento fue seguido de inmediato por una investigación febril de los enigmas del psiquismo inconsciente. Durante diez años, esta observación clínica permaneció olvidada en los cajones del médico vienés, hasta que finalmente Freud admitió su significación universal.

1.- En francés en el texto.

La exploración del universo psíquico inconsciente va unida, desde entonces, al nombre de Freud. Él elaboró un método para el examen analítico del psiquismo morbosos y del sano, que fue afinándose y perfeccionándose, situando de ese modo nuestro conocimiento del psiquismo sobre bases radicalmente nuevas. A partir de Freud, sabemos que el desarrollo individual del psiquismo humano no puede compararse al crecimiento progresivo de una superficie esférica, sino más bien al de un árbol cuyo tronco serrado permite reconocer los círculos concéntricos que representan los años vividos. En las capas inconscientes del psiquismo perviven los instintos salvajes y anormales, y los complejos de representaciones primitivas de nuestra infancia y adolescencia, a pesar de que se los consideraba eliminados desde hacía tiempo; al no estar sometidos al poder de moderación, de gobierno y de dirección de la conciencia, pueden perturbar la armonía lógica, ética y estética del “yo” consciente, provocando la explosión de pasiones, de actos inoportunos, ineficaces y compulsivos, y muchos sufrimientos y dolores inútiles.

Volvamos a nuestro punto de partida El gobierno de las pasiones humanas, la disminución de las cargas que pesan sobre el psiquismo, y la profilaxis de las enfermedades mentales no son ya problemas que surjan de una ciencia abstracta; indican una dirección nueva y rica en promesas para la posteridad y el desarrollo de la humanidad futura. Más aún: no podemos hablar de “pensamiento libre”, en el pleno sentido del término, hasta que el pensamiento deje de moverse exclusivamente por la superficie de la conciencia, quedando bajo el dominio de las representaciones inconscientes, y tenga también en cuenta las representaciones y las tendencias sepultadas en las profundidades, aunque estén temporalmente en contradicción con el orden moral establecido; en una palabra, cuando asuma todos los factores hasta ahora inconscientes para disponer libremente de ellos, con una lúcida eficacia, y haciendo concordar plenamente el bien del individuo y el de la colectividad.

Lo que el psicoanálisis ha conseguido ya en la curación de las afecciones mentales en sentido estricto, da pie a la esperanza de que este método de exploración pueda determinar las causas reales de numerosas afecciones psíquicas graves de nuestra sociedad, y hallar para ellas el tratamiento apropiado.

Está aún lejos el día en que se realice una reforma radical de la educación psicológica de los humanos, dando lugar a una generación que no se despojará de los impulsos y deseos contrarios a las exigencias de la civilización arrojándolos al inconsciente, o mediante una desautorización o un reflejo de rechazo, sino que aprenderá a soportarlos conscientemente y a dominarlos con lucidez. Será el término de una etapa de la humanidad caracterizada por la hipocresía, el ciego respeto a los dogmas y a la autoridad, y la ausencia de toda auto-crítica.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo I, cap. XXIV . “Conocimiento del Inconsciente”. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1981).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.